

# LA PROTESTA

PORTE PAGO SUPLEMENTO QUINCENAL

## COSAS DEL "ORDEN"



LA PROSTITUCION: entidad financiera de las instituciones burguesas

## NOTAS Y COMENTARIOS

### *Al iniciar el noveno año*

Iniciamos hoy el año noveno de la vida de esta revista con el mismo propósito de siempre: el de proporcionar a los lectores una recopilación de material de estudio, de documentación de profundización de nuestros problemas. Creemos que esta lucha contra la superficialidad de la época no debemos suspenderla y que precisamente porque todo converge a la despreocupación por las cosas serias, bebemos de ser los primeros en presentar los problemas como son y no como la pereza y la abulia quisieran que fuesen.

Los que cooperan en esta revista se hallan completamente identificados con la labor que venimos realizando desde esta tribuna, una tribuna libre para todas las buenas voluntades, para cuantos tienen algo que decir y saben decirlo. Mantendrá su carácter internacional por las fuentes mismas de sus variados colaboradores y recogerá con preferencia también lo que puede valorarse, no local, sino internacionalmente. Creemos llenar así un vacío, ofreciendo al anarquismo un vehículo relativamente extendido y acreditado de pensamiento y de exposición doctrinaria. Nos esforzaremos por dar a conocer las páginas históricas de la literatura libertaria de todos los países, que no están al alcance de la gran mayoría de los lectores, y a través de sus diversas secciones iremos poniendo de nuestra parte cuanto podamos para contribuir a la educación revolucionaria de las nuevas generaciones.

Como innovación, ofreceremos en todos los números un folletín encuadernable, que dará, al cabo del año, varios volúmenes. De esa forma se tendrá anualmente, no sólo un tomo de la revista de más de 300 páginas, sino también de dos a tres tomos de libros agotados o inéditos.

Comenzaremos con un volumen de Max Nettlau sobre las maniobras marxistas en la Internacional y la Alianza española, una obra que forma como una segunda parte de "Miguel Bakunín, la Internacional y la Alianza en España".

A ese interesante trabajo seguirán otros no menos importantes.

### *Metodología anarquista*

En nuestro movimiento hay que distinguir, como en todos, dos aspectos básicos: el ideal y la metodología; la aspiración a realizar y los procedimientos puestos en práctica o que se desean utilizar para traducirlo en hechos.

Por lo que se refiere al ideal, se ha llegado en su exposición a una claridad magnífica. Hasta los adversarios reconocen, cuando son sinceros, que lo que nosotros queremos es sublime y que la vida tal como la entrevemos haría del mundo un verdadero paraíso. La humanidad libre y feliz será siempre el más hermoso de los ideales, y es hacia ese fin que encaminamos todos nuestros esfuerzos. Ni los hombres más deprevados son capaces de levantar una objeción seria y sincera contra nuestro ideal, que llevamos como bandera de lucha. Sería muy bella, dicen, la vida que queréis instaurar sobre la tierra, pero es imposible. ¿Por qué se repite eso en todos los tonos y en todos los tiempos?

Creemos que así como el ideal ha sido definido y brilla a lo lejos, para nosotros como realidad posible, para el gran número como utopía inalcanzable, la metodología revolucionaria es más deficiente y no satisface las exigencias generales.

En una palabra, el acuerdo que puede establecerse sobre la base del reconocimiento teórico de nuestros postulados, se quebranta en la práctica, al tratar de los métodos que habremos de emplear. En ese punto nuestras definiciones son poco armónicas y en general poco convincentes. ¿Porqué no discutir las? Ya que la mayor parte del desacuerdo entre el mundo y nosotros viene del examen de los métodos con los cuales pensamos realizar nuestras ideas, sería de suma utilidad una discusión elevada, un análisis sereno de la metodología anarquista. Saldremos ganando nosotros mismos en claridad y en concreción y saldrá ganando nuestra causa.

Nos figuramos muchos más simpatizantes de la anarquía de los que forman en las propias filas; si lográsemos esclarecer nuestros métodos de lucha y de realización como esclarecemos el ideal que nos guía, el movimiento libertario sería una de las más firmes fuerzas so-

ciales, polarizaría todas las tendencias del progreso y tendría de inmediato la herramienta que le falta para transformar prácticamente las condiciones reales.

Ante todo, el concepto de la revolución que tiene la mayoría de nuestros compañeros es demasiado catastrófico y jacobino. El proceso social no es tan sencillo como para imaginar una revolución de la libertad de acuerdo al cartabón de las viejas revoluciones políticas. El progreso no se hace simultáneamente en toda la línea ni al conjuro de una varita mágica que marque la hora del estallido del juicio final. Hay un fondo de visión apocalíptica en la interpretación revolucionaria del gran número no obstante habernos advertido un gran maestro que la evolución y la revolución son a menudo inseparables; que hay evoluciones más profundas que las más violentas revoluciones, y que hay revoluciones que no revolucionan nada.

Nosotros no descartamos la posibilidad de esa revolución pandestructora, pero no confiamos en ella todos nuestros anhelos. Con esa revolución quizá destruiríamos más rápidamente algunos obstáculos, pero por sí sola no ofrece ninguna garantía de que no han de erigirse otros peores e tan malos. Si esa revolución viene, si podemos desencadenarla, no hemos de quedarnos atrás, naturalmente; esos períodos de subversión son singularmente favorables para quemar las naves del regreso a viejas formas de vida y a viejas rutinas. Pero la obra creadora, de construcción, no está contenida en el catastrofismo, aunque sea a veces favorecida por él. Los hombres que piensan un poco y los que no tienen espíritu de riesgo y aventura, cuando les ofrecemos como instrumento para operar el cambio social esa revolución de corte jacobino que no dejará piedra sobre piedra un día, se muestran un tanto escépticos, dudan de que baste eso para realizar nuestro mundo ideal de solidaridad y de libertad, o bien nos toman por locos exaltados y huyen.

Por lo demás, la historia del pasado como el estudio del presente nos muestran un profundo desequilibrio en los avances progresivos; se avanza, por ejemplo, técnicamente, pero se queda en pañales en cuanto al desarrollo moral; se progresa científicamente, pero se ponen todos los obstáculos imaginables al progreso social. Después de la revolución ocurrirá, en líneas generales, el mismo fenómeno, porque la vida social es muy compleja y los hombres son muy variados, unos tienen más necesidades y otros menos, unos más y otros menos sensibilidad, unos aman la libertad y otros

no sabrían qué hacer de ella, por lo menos antes de un cierto aprendizaje.

Y aparte de esa condición catastrófica de la revolución, una concepción totalitaria, universalista, que supone por lo menos una gran mayoría de la sociedad simpatizante de nuestras ideas, la metodología anarquista apenas muestra hasta ahora otro instrumento bien definido para la transformación social. Tenemos la toma de las fábricas, una variedad posible cuya propaganda se descuida y tenemos algunos intentos para llamar la atención sobre medios más concretos y más inmediatamente accesibles, pero hasta ahora todo queda en un plano secundario y subordinado.

En una palabra, la metodología anarquista no es tan convincente y tan sugestiva como la ideología anarquista. Si ésta puede ser motivo de admiración hasta para los más reacios, a ella, al contrario, cuando se la examina a fondo, puede parecer insuficiente, incluso para los más fervientes revolucionarios.

¿No valdría la pena que los compañeros se detuviesen un poco a meditar sobre este punto que apenas esbozamos aquí?

No podemos juzgar nuestra revolución como se acostumbra a hacer, tomando el modelo de las revoluciones políticas. Una revolución política jacobina, como la que propician los bolchevistas, es buena para sus fines: la conquista del Estado, la implantación de la dictadura de un partido o de una camarilla; aunque realmente para conquistar el poder de un Estado no valdría la pena hacer tantos esfuerzos y causar tantos derramamientos de sangre: el sufragio universal lo ha dado ya a los socialistas legalitarios en una porción de países. Pero lo que nos interesa aquí no es eso, las ventajas y las desventajas de la revolución jacobina, frente o contra el sufragio; lo que nos interesa es asegurar que una revolución de esa especie se presta a la realización de fines como los perseguidos por los bolchevistas. Entre sus aspiraciones finales y sus medios, su metodología, no hay ninguna contradicción de principio. El cambio por ellos propiciado no llega al fondo de las cosas, deja intacto el orden existente, se contenta con meros cambios de nombres en las instituciones de gobierno y con una renovación del personal dirigente. La estructura social de explotadores y explotados, de dominadores y de dominados sigue en pie.

Nuestra revolución es fundamentalmente distinta. Nosotros queremos crear un mundo nuevo, con nuevos sentimientos, con nuevas instituciones económicas y sociales, con hombres intelectual y moralmente renovados. Queremos

un mundo de libertad, y ese mundo no puede realizarse más que con métodos de libertad. El autoritarismo, en cualquier forma que se presente, sería el escollo de nuestra revolución.

Ahora bien; si la revolución que propician los anarquistas no puede recurrir a la coacción, sobre todo en su aspecto constructivo, es elemental que no podremos hacer vivir en anarquía a los que no lo desean, y al fin, si no de antemano, tendremos que concretarnos a defender nuestra libertad y a predicar con el ejemplo y la persuasión. Es decir, al día siguiente de la revolución nos encontramos, claro está, con más adeptos y con más posibilidades, pero siempre frente a una masa de gente cuya magnitud es imposible prever, que no querrá romper sus viejos hábitos de obediencia y de sumisión a la autoridad ajena. Y para conquistar esas mayores posibilidades y esos adeptos más numerosos es para lo que nos servirá la revolución, no para operar el milagro de una transformación mágica, sin esfuerzo alguno por nuestra parte, que es lo que se figuran muchos camaradas.

Por consiguiente, ¿tienen o no tienen razón quienes insinúan la superioridad de las ventajas que habría en dirigirnos no a la masa universal de la humanidad, sino a la minoría realmente socialista de espíritu y de corazón? Es un problema a discutir, de método, de oportunidad y de urgencia, porque las generaciones se suceden y el mundo político y moral retrograda, resultando impotentes y estériles nuestros sacrificios para detener la espantosa regresión.

## Superioridad del hombre mediano

doblado del lacayo y no con la frente del hombre libre en alto, ha publicado en la revista del Centro de Estudiantes de Medicina de Rosario, un interesante trabajo estadístico, donde demuestra la superioridad del hombre mediano; sostiene allí que "hombres de talla mediana tienen, relativamente, una capacidad vital mayor que los individuos de elevada o pequeña talla".

Dice Nicolai:

"Tal superioridad del hombre mediano, intuitivamente la reconoce cada médico que sabe que los demasiado altos y demasiado bajos son en general más

delicados, resisten menos a enfermedades y suelen morir antes de la edad normal.

Por cierto que se hallan en los dos límites del tamaño humano muchos individuos francamente patológicos, pero, como ya menciona *Quetelet* en las anotaciones a sus célebres tablas sobre la talla de los hombres, la transición entre lo normal y lo anormal es justamente con este respecto continua e imperceptible.

La misma superioridad de los medianos resulta de una consideración de sus performances corporales: pues la mayoría de los campeones deportivos pertenece a su categoría. Que los enanos no son buenos deportistas no es, naturalmente, una prueba para su inferioridad relativa; ellos serían también inferiores con la misma vitalidad general en consecuencia de sus proporciones menores; en contra será por tanto más concluyente la falta de los gigantes entre los vencedores, pues ellos deberían ganar la paleta, si tuviesen facultades corporales correspondientes a su estatura. Pero, al contrario, la debilidad de los gigantes es casi proverbial: *Ranke* menciona que entre los cinco hombres más altos del ejército americano, cuatro soportaban los sacrificios de la vida militar más difícilmente que los hombres comunes; y, según *Bollingers* "la masa y eficacia de los músculos en los gigantes no es jamás proporcional a su estatura—excepción hecha de los músculos de la masticación que suelen ser bien desarrollados."

También la antropología comparada parece demostrar lo mismo: ni los pueblos con estatura más elevada (los patagones, los indios del Oeste de Norte América, algunos australianos y negros del África central) ni los más pequeños (lapones, bosquimanos, hotentotes, andamanes, vedas) son los más fuertes, sino los medianos (desde los mongoles, hindúes (164), los pueblos mediterráneos (166-168) hasta los del Norte de Europa (170) que se han comprobado los más fuertes.

Todo esto hace ya de antemano pensar que el hombre mediano tiene una vitalidad mayor; y una consideración biológica de una índole más general nos insinúa lo mismo: el tipo del hombre que se encuentra con mayor frecuencia — y este es el tipo mediano — debe ser por selección natural el más adaptado a las dificultades de la vida. Si no fuese así — si los más numerosos no representasen la disposición relativamente más perfecta, tal distribución contraproducente constituiría un evidente síntoma de degeneración.

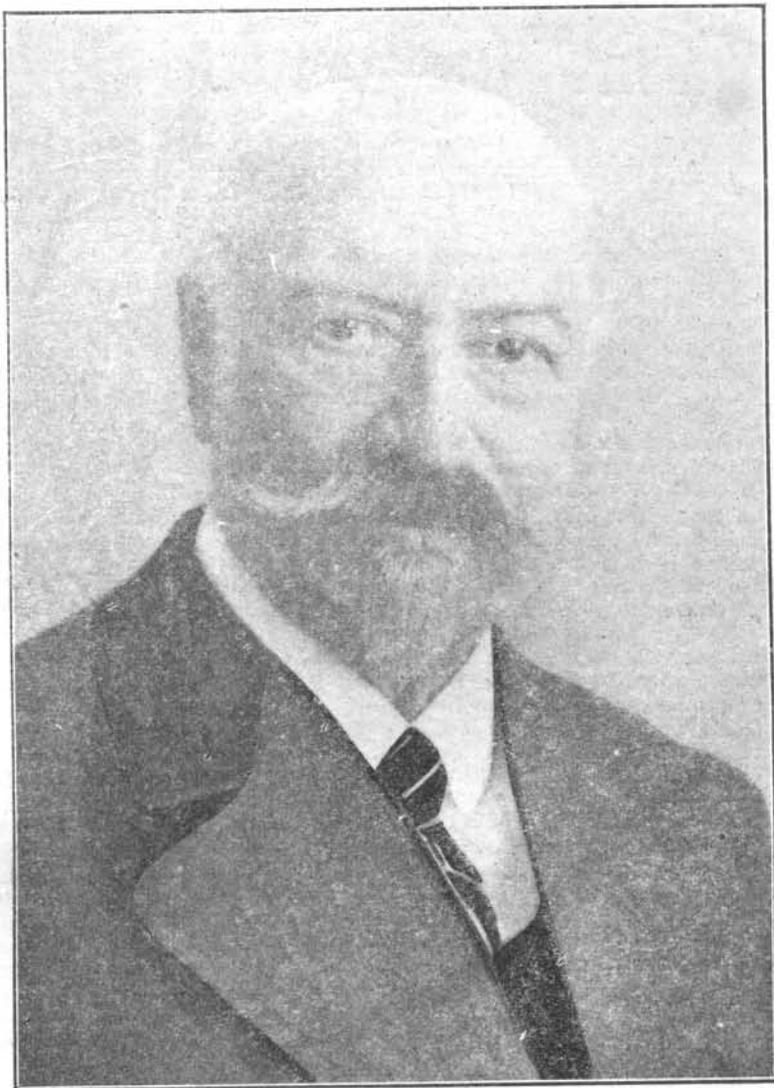
Sin embargo faltaba hasta ahora, a mi saber, una prueba directa de tal superioridad del hombre mediano y en este sentido la curva podría merecer un interés general, aún fuera de la comprobación de que el hombre mediano tiene relativamente un máximo de capacidad vital."

# SEBASTIAN FAURE

## EN OCASION DE SU CUMPLEAÑOS

El 6 de enero ha cumplido Sebastián Faure 73 años, pues ha nacido en Saint Etienne en 1856. Que se nos permita a nosotros recordar esa fecha como se recuerdan los aniversarios de los miembros íntimos de nuestra familia. Sebastián Faure es de nuestra familia; como tal nos ha entristecido la noticia del año pasado de que, viejo y enfermo, pensaba buscar refugio para sus últimos días en un hospicio de ancianos. Eso no podíamos tolerarlo, no debía ser ese el destino de un hombre que ha dedicado tantos años de su fecunda existencia a la divulgación de nuestras ideas y a la lucha contra los dogmatismos. En todo el mundo se ha clamado que eso no podría ocurrir, y el viejo militante que soportó una seria operación, sigue en su lugar de trabajo, con la viva esperanza de ser todavía útil por muchos años a su causa, que es la nuestra.

Los libros de divulgación ideológica de Sebastián Faure, "El dolor universal", "Temas subversivos", "Mi comunismo", "La impostura religiosa", de la que no existe todavía una edición española), así como sus diversos folletos, de una claridad tan admirable, de una sencillez tan sugestiva para el gran público, su proyecto de "Enciclopedia anarquista" representan un noble esfuerzo, la condensación de una vida



SEBASTIAN FAURE - UNA DE SUS ULTIMAS FOTOGRAFÍAS

puesta al servicio de un alto ideal.

Vayan nuestros saludos cordiales al viejo camarada, a quien no hace mucho hemos encontrado lleno de optimismo y de confianza en el porvenir, y nuestros deseos de muchos años más de trabajo y de lucha.

❖ D E ❖ R E D A C C I O N ❖



*Temas del Congreso anarquista de Santa Fé*

# El problema de la armonía de las fuerzas de la revolución

## *I. El espíritu de libertad y el fraccionamiento de las fuerzas revolucionarias*

La revolución, entendida en su significado más vasto, — y no solamente su sentido más estrecho e histórico del hecho concreto de demolición de determinadas instituciones político-sociales, a las que sustituye con otras, rompiendo violentamente el equilibrio jurídico y político anterior — es el producto de una infinidad de fuerzas en conflicto, sea el conflicto radical e irreductible entre las fuerzas de progreso y las de regresión, sea el que existe entre las fuerzas innovadoras y revolucionarias mismas. Ni esta revolución entendida en su sentido amplio ni la otra en sentido estrecho, a que nos referimos más arriba, pueden ser el hecho de una sola de las tantas fuerzas que a ella contribuyen luchando, de modos diversos, contra el estado de cosas que la revolución niega.

De esta constatación, que creo innegable, parecería que debiese surgir como necesaria la conclusión de que todas las fuerzas revolucionarias estuviesen unidas en el esfuerzo contra el viejo mundo, sin escisiones ni divisiones. Y sucede precisamente lo contrario. El espíritu de libertad, sin el cual no habría revolución posible, generador inexhausto de rebelión y de crítica, tiende a no satisfacerse jamás con las soluciones alcanzadas; y por lo tanto no hay fuerza de progreso y de revolución que no vea surgir de su seno otra fuerza tendiente a otra solución diferente y más radical o mejor, o que así les parece a sus sostenedores. Hay que examinar este fenómeno para ver qué línea de conducta es la más apropiada para conciliar la fatalidad del incansante fraccionamiento de las fuerzas de libertad con la necesidad de una suficiente armonía de las mismas para el triunfo de la revolución.

\* \*

Todos los reformadores sociales, desde los tiempos más antiguos, han sido llevados, por el convencimiento de la perfección de sus sistemas, a creer que bastaría exponer estos sistemas para verlos aceptados por todos. Los que no hubiesen querido aceptarlos serían, según ellos, malos ciudadanos; y entonces debía intervenir la ley para obligarlos por la fuerza a... ¡ser felices!

Es evidente que se ha tratado siempre de un error que era una de las tantas razones que hacían irrealizables aquellos sistemas de reforma social. Pero cuando Federico Engels hizo la crítica de los sistemas socialistas anteriores a él, que los encontraba "utopistas", no vió, precisamente, lo más utopista que había en ellos: esa pretensión a una especie de infalibilidad o de perfección que llegaba al unilateralismo y el exclusivismo. Que si lo hubiese visto habría catalogado entre los socialistas utopistas también a su amigo y maestro Carlos Marx. En efecto, si bien Marx y Engels fueron (al menos en teoría)

mucho más libertarios que la mayoría de sus continuadores, también ellos pretendieron que, fuera de su sistema, no había ninguna salvación social posible; y de esta pretensión lógicamente debía nacer la concepción de un poder llamado proletario — democrático o dictatorial — el cual hubiese tenido la misión de imponer por la fuerza a todos aquel sistema, destinado a desaparecer cuando hubiesen desaparecido todos los recalcitrantes.

Todas las corrientes socialistas posteriores, comprendidas las que surgieron del seno de la Primera Internacional, bien que mucho más sensatas, más orgánicas y aceptables, más afectas a la realidad humana y social que las anteriores, participaron del mismo error — no sólo las que continuaron siendo abiertas y declaradamente autoritarias, sino también las que se dijeron anarquistas. Estas no pretendían, se entiende, imponerse con la fuerza del gobierno, ya que no admitían gobierno; pero tenían todas, más o menos, en común con las corrientes adversarias, la pretensión no confesada pero muy evidente de poseer toda la verdad, y de ahí la persuasión de que la propaganda de su verdad acabaría, tarde o temprano, por convencer en su favor, si no a todos los hombres, por lo menos a la casi totalidad de los interesados en la revolución contra el actual estado de cosas, los proletarios y los oprimidos.

Si se hubiese tratado de la verdad probada, su esperanza habría sido justa. Pero, ¿qué era aquella verdad? Si todo hubiese consistido en iluminar a los ignorantes en torno a verdades reales, físicas, matemáticas, científicas, materialmente probables, evidentemente instruyendo a los hombres se hubiera logrado hacerlos a todos socialistas o anarquistas, así como, por ejemplo, todos los hombres, hoy, están convencidos que la tierra gira alrededor del sol, que la luz tiene una rapidez mayor que el sonido, que los cuerpos se dilatan con el calor, etc. Pero las ideas de reforma social son otra cosa. Toman, es cierto, por punto de partida los hechos confirmados y procuran no separarse de la realidad concreta ni ponerse en conflicto con la ciencia adquirida, sino servirse de ella; pero en cuanto se proyectan en el porvenir, están forzados a basarse en hipótesis, las más razonables y probables posible, pero que no dejan de ser hipótesis que hechos sucesivos inesperados podrían desmentir.

Además, las ideas de reforma social son determinadas por las necesidades, los sentimientos, las aspiraciones, las voluntades de los hombres, que las abrazan y combaten por ellas sobre todo porque responden a sus necesidades, sentimientos, aspiraciones y voluntad. De donde deriva que lo que es "verdad" para unos, no lo es o lo es menos para aquellos en quienes predominan necesidades o sentimientos o voluntades diferentes u opuestas. Y esta diversidad

no existe solamente, como en general han creído, hasta hace poco, los socialistas y anarquistas, entre los opresores, por un lado, y los oprimidos, por el otro, entre explotadores y explotados, entre dominadores y dominados, entre patronos y proletarios —sino también entre proletarios y proletarios, entre oprimidos y oprimidos. También entre los proletarios, por ejemplo, comprendidos los que no son ya masa amorfa e inconsciente, junto a los obreros deseosos de igualdad no son pocos los que sólo sienten la necesidad de no pensar y hasta el deseo de entrar en el número de los privilegiados; algunos, como los anarquistas, están animados por un fuerte espíritu de libertad, pero otros sienten más el espíritu de autoridad y sometimiento, y por lo tanto, aun queriendo una reforma de la sociedad y aun siendo revolucionarios, tienen tendencia a ver la "verdad", al contrario de los primeros, en los partidos socialistas autoritarios y dictatoriales.

Las ideas de los hombres (y por lo tanto también de los proletarios, de los socialistas o de los anarquistas) son, en suma, sobre todo, *lo que ellos quieren*, colectiva o individualmente. Y como las voluntades son determinadas no sólo por las necesidades materiales, que pueden ser relativamente iguales y comunes, sino también por las espirituales que, en cambio, varían enormemente, y, además, por los instintos, temperamentos, sentimientos, etc., es obvio que la gran masa de los proletarios no podrá nunca seguir en conjunto un solo y único programa, una sola idea directiva. Al contrario, cuanto más conscientes y cultas se vuelvan las masas, más los individuos proletarios se elevarán espiritualmente por encima de las primarias y elementales necesidades materiales y tanto más las masas se fraccionarán en corrientes y tendencias diversas y aun opuestas. Parece entonces la más utopista de las esperanzas la de convencer a las masas, o a una gran mayoría de ellas, a seguir una sola idea de reforma social; y en cuanto a la pretensión de cada partido socialista autoritario de imponer su idea o su sistema por la fuerza, por medio del gobierno (democrático o dictatorial) esperando que todos se convengan, para poder, recién entonces, renunciar al poder y al uso de la fuerza, tal utopía aparece como la más nefasta y peligrosa, porque o el poder coercitivo durará mientras haya hombres de ideas diferentes a las suyas, es decir, siempre, o su coerción, en la hipótesis inverosímil de que lograse unificar las ideas de todos, debería ser la tiranía más monstruosa posible, tal que consiguiese momificar la inteligencia humana plasmándola en un solo modelo.

\* \*  
\*

En el desarrollo del movimiento socialista, y más tarde también en el anarquista, contrariamente a lo que se preveía o esperaba en los primeros tiempos, este fenómeno de fraccionamiento, de multiplicación de las divergencias, de aumento de las tendencias, se ha manifestado cada vez más evidente y sobre todo incoercible. Todos los esfuerzos unitarios de los diversos partidos y de las organizaciones sindicales han caído en el vacío, a pesar del desencanto que cada secesión dejaba en los corazones, a pesar de las excomuniones que cada partido u organización lanzaba contra los disidentes y los divisionistas.

¿Ha sido y es un bien o un mal? Quizá un poco de lo uno y lo otro; pero es perfectamente inútil perder tiempo y utilizar sobre ello, desde el momento que el hecho ha sucedido y sucede contra todo esfuerzo contrario y es un fenómeno con todos

los caracteres de una inevitabilidad natural. Pero verdaderamente ha sido y es un mal oponerse por la fuerza a dicho fenómeno, ver en cada secesionismo una traición, atribuirse todas las infalibilidades y ver siempre en los otros el mal, no reconocer la parte de bien que en ellos puede haber, y, peor aún, demoler o desacreditar este bien sólo por odio a su origen no considerado ortodoxo.

Hay ciertamente casos en que la separación de las partes en el seno del que antes era un solo conglomerado político-social, es determinada por alguna baja maniobra de politiqueros o aventureros, de la derecha o de la izquierda, por motivos de interés y ambición personal que explotan la ingenuidad o credulidad de sus partidarios. Pero entonces el fenómeno es de corta duración y pronto se produce la reunión de las partes; mas si el fenómeno perdura, se agranda y se estabiliza, entonces eso significa que la separación tenía una razón de ser, independiente de la mala voluntad de los malos pastores, que sólo la han explotado o le han dado la ocasión de manifestarse. Antes o después, la escisión se habría producido lo mismo por otros caminos o por medio de otros hombres.

Muchas veces, también, lo que parece escisión es simplemente el resultado de una necesidad superior de división de trabajo o de funciones; otras veces, en cambio, es la inevitable corrección de un equívoco, que mantenía unidas dos partes que se creían de acuerdo y no lo estaban, y cuando se dan cuenta se separan. En algunos países, por ejemplo, el movimiento socialista nació legalitario y parlamentario, como en Alemania; pero en cierto momento una parte de los socialistas y los proletarios sintieron que la doctrina y la táctica de la socialdemocracia no respondían a su espíritu revolucionario y libertario, se convencieron de la necesidad de otro movimiento con otras bases y directivas distintas a las socialdemocráticas; y entonces una minoría anarquista se ha delineado y destacado de la mayoría autoritaria. En otras partes, como en Italia, ha sucedido lo contrario: el movimiento obrero y socialista tenía carácter anarquista, pero, en particular con el engrandecimiento de sus filas, poco a poco se ha hecho evidente que gran parte de las masas no seguían al anarquismo por una convicción razonada sino por razones excepcionales de tradiciones, de ambiente y de hombres; y cuando estas razones cesaron o vinieron a menos, o alguno de los hombres más representativos hubo cambiado, entonces la inmadurez de las masas en la concepción anarquista, su tendencia a una política más cómoda y menos peligrosa, su espíritu todavía creyente en la autoridad se pusieron de manifiesto; y después de pocos años los anarquistas, que parecían mayoría, han resultado en minoría. (1)

Para mí, uno de los errores de la lucha contra los socialdemócratas, que no ha cesado aún, es el de justificar el movimiento (erróneo desde nuestro punto de vista), como un hecho querido y determinado por sus jefes y el error de aquél como una especie de traición de éstos. Traidores y canallas hubo también entre los socialistas, como en todo movimiento, y el fin miserable de muchos lo demuestra. Pero en línea general es preciso convenir que la política aconsejada y querida por los jefes ha en-

(1) A esto han contribuido otras causas, entre las cuales no poco los errores de los mismos anarquistas; pero la causa susodicha ha sido la preminente.

contrado partidarios porque correspondía a la mentalidad y psicología de una parte de las masas, porque las ideas de aquéllos han persuadido a éstas; y las masas se pusieron espontáneamente de parte de los primeros. Esto es evidente, por el hecho de que el reclutamiento en las filas socialistas no se hace por la fuerza como con los conscriptos militares; y nadie podría impedir a los obreros negarse a ello o entrar en un movimiento diferente, si éste les pareciese mejor, más de acuerdo con sus intereses, más persuasivo para su espíritu. Por consiguiente, si los obreros y en general las masas populares se fraccionan en partidos y organizaciones diversas no es por una especie de brujería maligna o benigna de los jefes de los distintos movimientos, sino porque efectivamente hay o se determina entre las masas proletarias y populares una diversidad múltiple de ideas y de convicciones.

Pero en esto hay excepciones, ciertamente. A veces sucede que alguna personalidad, excepcional por el ingenio y la elocuencia, por la energía o por la nobleza de su vida, o acaso sólo por la habilidad, o porque su situación personal da mayor crédito a sus promesas, consigue hacer aceptar a las muchedumbres una idea, o arrastrarlas a un movimiento, o hacerles tomar una actitud u otra, buena o mala. Si las muchedumbres no se persuaden realmente, el fenómeno puede tener resultados buenos o malos; pero en todo caso es pasajero. Lo mismo sucede en sentido opuesto. Las muchedumbres tienen también sus impulsos espontáneos, buenos o malos, generosos o crueles, e intuyen o creen intuir cuál es el camino de su bien; tienen también sus prejuicios, sus egoísmos del momento, sus pasiones no siempre nobles. Sucede, en fuerza de esto, que si algunas veces los jefes conducen a las masas, otras veces son las masas las que arrastran a los jefes al bien o al error; y a menudo los jefes, por malsano espíritu demagógico, en vez de combatir valientemente las malas pasiones, los egoísmos y prejuicios de las masas, las adulan y alientan contra sus mismos sentimientos y convicciones.

Hay, en suma, entre los jefes y las masas, como entre las masas y todos los que con la propaganda, la agitación y el ejemplo personal ejercen una influencia sobre ellas, una acción y una reacción, de modo que forman un complejo único, un único movimiento para cada organización o conjunto de organizaciones, para cada programa político y social. Y cada uno de estos programas, organizaciones, partidos y tendencias corresponde a una determinada corriente de ideas, a una convicción voluntaria y libre formada en una fracción de la masa popular y proletaria.

\*  
\*  
\*

En el campo de las ideas, yo pienso que todas las ideas sinceramente profesadas merecen respeto, que "a priori" debe reputarse sinceros a todos los que las profesan, mientras pruebas de hecho no vengan a demostrar lo contrario; y que por eso a todos nosotros debe reconocérseles el derecho de profesar y propagar libremente nuestras ideas. Cuando digo a todos, quiero decir verdaderamente a todos en general, no sólo a nuestros compañeros de ideas, a los afines, a los adversarios de la derecha o de la izquierda, sino también a los enemigos que tenemos enfrente. Nada es más pernicioso que creer que la libertad se vuelve dañosa cuando la usa quien no está con nosotros o es contrario nuestro. Sólo la falta de libertad es dañosa, sea que falte a pocos o a muchos, a nosotros o a los otros. Un natural egoísmo nos hace sen-

tir más su falta cuando se nos priva de ella a nosotros; pero tal carencia es socialmente dañosa, y concluye por perjudicarnos a nosotros mismos, aun cuando los privados de libertad sean nuestros adversarios o enemigos.

Este problema de la libertad para todos, también para nuestros enemigos, es importantísimo. Pero no es el caso de ocuparnos de él aquí, porque sería demasiado largo y requeriría un tratado expreso y separado, o bien porque en este momento nos interesa menos. No es por cierto necesario ni urgente preocuparnos ahora de la libertad de nuestros enemigos, sólo hipotéticamente ofensible, mientras ellos vejan y oprimen tan cruelmente la nuestra. Pero es bueno que el principio sea afirmado, aunque sólo sea para una conducción cada vez más inteligente de la lucha, en el sentido de la libertad y con medios de libertad, que lesione lo más posible todo lo que representa y personifica el principio de autoridad sin herir el principio opuesto. Pero lo que aquí nos interesa más es la necesidad urgente de que una conducta de libertad sea al menos observada; muy a menudo se nota su falta en las relaciones entre individuos, grupos, partidos, organizaciones, periódicos, etc., de todo el vasto movimiento proletario, socialista y libertario, entendidas estas palabras en el sentido más extenso y comprensivo de toda fuerza que combata por una más amplia libertad y por el bienestar de los pueblos contra el actual estado de cosas.

Como hemos visto, la ilusión o esperanza que cada corriente del socialismo tenía al principio, de alcanzar a reunir en sus filas la totalidad o al menos la gran mayoría del proletariado, y con él todos los elementos de varios orígenes que combaten por la emancipación obrera y por la libertad humana, se ha desvanecido totalmente. Es inútil recriminar. Ha sucedido lo contrario: el socialismo que era un producto del espíritu de rebeldía y libre examen, surgido a través de diversos orígenes, pero sobre todo como filiación de la democracia revolucionaria desde los tiempos de la Revolución Francesa, a su vez se fraccionó rápidamente en una cantidad de corrientes. La Primera Internacional había llegado a ser un bloque unido; pero en su seno se produjo la primera gran división entre el socialismo autoritario y el socialismo anarquista. Después el socialismo no sólo tomó en cada nación un carácter propio, sino que se fraccionó aún, más o menos, manteniendo en algunos países una unidad formal que no excluía las más ásperas discordias internas, constituyendo, en otros, partidos separados y abiertamente adversarios. En el movimiento obrero propiamente dicho se producía el mismo fenómeno, quizá más acentuado. Tampoco el anarquismo constituyó una excepción, llevado por su espíritu iconoclasta e hipercrítico a no conformarse nunca con las soluciones alcanzadas y a buscar siempre otras mejores o supuestas tales. Y no me refiero sólo a las divisiones materiales, prácticas, de organizaciones, partidos y grupos en el movimiento obrero, socialista y anarquista, sino también a las doctrinarias e ideológicas, que son innumerables.

No debemos descuidar, en el número de las fuerzas populares y proletarias, a las que aun no siendo o no diciéndose específicamente socialistas o anarquistas, son prevalentemente obreras en su composición y orientadas en un sentido de libertad muy avanzado, en oposición franca y a veces revolucionaria con las instituciones políticas de su país, con ideologías que se aproximan mucho al socialismo. Aludo aquí a ciertos partidos republicanos de los países monárquicos, en los que junto a viejas esco-

rias burguesas y embozadamente conservadoras, hay fuerzas vivas juveniles y obreras que en los momentos decisivos de la acción han estado a menudo al lado de los socialistas y de los anarquistas y seguramente estarán también en el porvenir. También estas fuerzas están a su vez divididas en partidos, corrientes y fracciones diversas.

\* \*

Todas estas divisiones y subdivisiones de las fuerzas populares, proletarias y de libertad no impiden que tengan en común una superior "intención" espiritual que las distingue a todas y las pone en conflicto con las fuerzas del privilegio social y de la opresión política. Aquéllas, contra éstas, tienen en común el deseo de una mayor libertad y un mayor bienestar para todos, de la liberación del pueblo de las actuales formas de opresión política, de un mejoramiento radical de las condiciones económicas de las clases pobres, de crecientes relaciones pacíficas y de ayuda mutua entre todos los países; de una actuación más efectiva, en pocas palabras, de los principios de libertad, igualdad y fraternidad afirmados por la Revolución Francesa, que en substancia son letra muerta para la enorme mayoría del pueblo, aunque serían pasibles de desarrollos mayores y más avanzados en beneficio de todos.

Todo esto es cierto; pero es también verdad que estos principios abstractos, muy vagos todavía, estas nobles intenciones y deseos humanitarios de libertad y de justicia, aun siendo sinceros en la mayor parte de quienes los proclaman, no pueden bastar para unir a todos los que están sinceramente animados por ellos. Las diversas interpretaciones que se dan a esos principios, la mayor o menor extensión que se quiere o se cree posible, y sobre todo la diversidad de las formas políticas y sociales en que tendería actuarlas, y de las vías y medios que se creen necesarios para alcanzar los fines deseados, han determinado todas las divisiones y subdivisiones a que nos referimos, del que podría llamarse el gran partido del progreso humano.

Pensándolo bien, este fraccionamiento es más que natural, ya que el punto de partida del progreso humano es el principio de libertad. Desde que la idea de libertad se precisó en el derecho al libre examen primero en las religiones y luego en todos los dominios del pensamiento humano, no hizo sino determinar siempre nuevas divisiones, escisiones, herejías en todos los campos del progreso: en filosofía, en economía, en política, en todo. La unidad absoluta en las ideas y en los hechos sólo es posible con la autoridad absoluta en los campos correspondientes, con el dogma impuesto desde arriba por la fuerza. El cristianismo permaneció unido y católico mientras los cristianos no discutieron, ligados al "credo" pregonado desde Roma, y mientras el cura de Roma consiguió, por medio del poder secular de los diversos gobiernos que le eran fieles, sofocar por la violencia las herejías a medida que nacían. Cuando ya no pudo hacerlo, y por razones políticas las herejías encontraron apoyo en algunos gobiernos, el cristianismo se dividió en catolicismo y protestantismo. Pero sucedió esto: que mientras el catolicismo, precisamente porque está basado en la absoluta autoridad espiritual del Papa y por consiguiente niega toda libertad de examen, ha permanecido siempre único y solo, el protestantismo, que había abierto una puerta (aunque en espiral) al libre examen, vió penetrar en su seno, por esa espiral, otras herejías, cada vez más numerosas, de modo que

hoy las iglesias protestantes se cuentan por centenares.

Si eso ha sucedido en el campo de la religión, donde a pesar de todas las herejías queda siempre gran parte de dogmatismo, no debe extrañar que el mismo fenómeno, en una escala más vasta, se haya producido en el campo de las doctrinas políticas y sociales, por su naturaleza mucho más libres que las religiosas. El fraccionamiento de las fuerzas que de ello ha derivado no puede ser un mal; si lo fuese, sería preciso volver a buscar el bien en el absolutismo político, en el dogmatismo religioso, en la negación de toda libertad de pensamiento y de acción. Deberíamos, en una palabra, dar razón al fascismo. No es eso lo que queremos; nosotros concebimos y buscamos el bien en un sentido completamente opuesto, en el sentido de la libertad, de una libertad cada vez más completa y extendida a un número siempre mayor. Y entonces adquiere máxima importancia el problema de conciliar esta inevitable multiplicación de las ideas y el fraccionamiento creciente, que es su derivado, de las fuerzas de libertad y de progreso, con la necesidad de no dejar debilitar el conjunto de estas fuerzas por sus muy ásperos conflictos internos, beneficiosos a la fuerza enemiga que se apoya en el principio de autoridad en el campo moral, económico y político.

Hasta hoy, a pesar de todas las protestas y esfuerzos en contra que de tiempo en tiempo han sido elevadas por hombres o núcleos aislados, ha sucedido esto: cada vez que un movimiento de progreso y de libertad se ha dividido por la manifestación de ideas nuevas y más avanzadas, sus partidarios no sólo se separaban de los que habían quedado fieles a las ideas viejas, sino que acentuaban su hostilidad hasta la enemistad más áspera. La historia nos narra que lo mismo aconteció en el seno del protestantismo, entre las sectas heréticas surgidas de él, hasta el punto que los calvinistas de Ginebra no tuvieron escrúpulos de hacerse cómplices de la inquisición católica, su enemiga, al perseguir a los perseguidos por ella, hasta mandar a la hoguera en el año 1553 al libre pensador Miguel Servet. Del mismo modo, por ejemplo, los bolcheviques rusos prestan al fascismo enemigo el servicio de perseguir en Rusia a los antifascistas en desacuerdo con ellos, llegando a encarcelar a nuestro amigo anarquista Francesco Ghezzi. Lo cual puede ser considerado fatal, siendo el bolchevismo hoy, como el calvinismo de hace cuatrocientos años, un gobierno tiránico (1). Pero aun prescindiendo de esto, no es menos cierto que cada uno de los partidos, organizaciones, tendencias, etc. en que se fracciona el actual movimiento obrero, socialista y libertario, considerándose único poseedor de la verdad y formando campamento aparte contra todos los otros, con fre-

(1) El movimiento comunista bolchevique va, desgraciadamente, convirtiéndose cada vez más en un movimiento regresivo, especialmente donde triunfa; y no se cuida de los servicios que presta a la reacción en todos los países. Se diría que presta estos servicios con propósito deliberado. Sin embargo, en su origen fué una fuerza de progreso y de revolución, particularmente en la intención de sus primeros iniciadores. Por lo demás, en los países donde es perseguido y oprimido al igual que las otras fuerzas proletarias y de libertad, se ve constreñido por las circunstancias más fuertes que él, a ser un elemento de rebelión y en consecuencia, a su pesar, de libertad.

cuencia lleva su hostilidad contra ellos hasta el punto de rendir el mayor servicio al enemigo común, dañando perniciosamente su causa al dañar la causa de los otros

No soy tan ciego para no ver la necesidad e inevitabilidad de la discusión y de la polémica entre las varias fuerzas de progreso en torno a sus divergencias de ideas y de táctica, o de la crítica recíproca de actos y hechos considerados erróneos; ni se me escapa que, por hechos y en momentos determinados, tales fuerzas sean llevadas necesariamente a chocar en la práctica como adversarios irreductibles, como por lo demás en otras ocasiones pueden, en cambio, encontrarse (automática o deliberadamente) cooperando en alguna común iniciativa de lucha.

Pero lo que no me parece necesario, lo que considero nocivo, es que por irreflexiva hostilidad y rivalidad de partido o de tendencia se quiera el choque y la demolición de las iniciativas recíprocas, siempre y en todo caso, aun cuando sería posible un encuentro amistoso, o cuando cada uno podría ir por su camino y hacer el trabajo que considera útil sin estorbar o demoler el trabajo ajeno. Me parece que aun cuando un vivo contraste se determina en el terreno práctico entre diversas fuerzas de libertad y de progreso, este conflicto debe desenvolverse en modo de no demoler, junto con las malas, las cosas buenas del adversario (a menudo sucede, desgraciadamente, que se quiere, por espíritu de concurrencia y rivalidad sectaria, demoler más las buenas

que las malas), y no llevar una ayuda indirecta al enemigo mayor que se tiene en frente, tratando de no perder nunca de vista a ese enemigo y procurando siempre y en todo caso infligirle el mayor daño posible.

Para tal fin es preciso que cada una de las colectividades militantes por la causa proletaria y por la libertad, así como los individuos que las componen, se despoje — en lo humanamente posible — de todo exclusivismo sectario, esté pronto a reconocer el bien allí donde se encuentre, y, sobre todo, adquiera el hábito del respeto a la libertad ajena y del elemental derecho de cada uno a su autonomía de pensamiento y de iniciativa.

\* \* \*

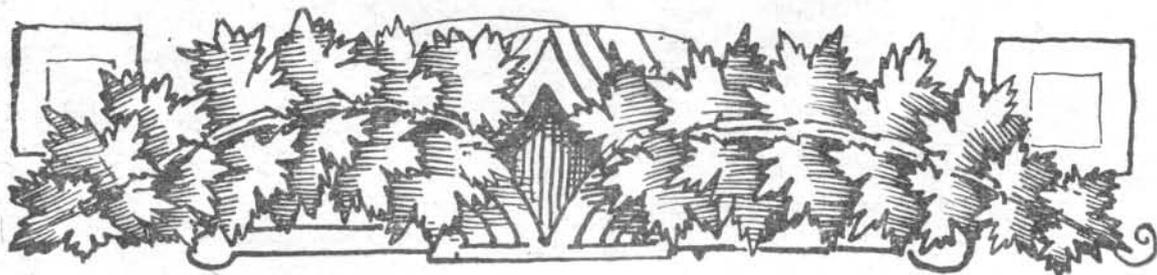
La idea de libertad, de la libertad para todos, me parece, en suma, el hilo conductor más sólido y apropiado para llevarnos a la meta, como el hilo de Ariadna, a través del laberinto a primera vista inextricable de las disidencias, desacuerdos y divisiones innumerables, que nos interceptan el paso, de todo el movimiento de progreso y revolucionario; y esto no solamente en la revolución propiamente dicha, a través de la cual se producirá el derrumbe material de las instituciones de opresión económica y política, sino también en el seno del vasto y complejo movimiento que va preparando esa revolución desde ahora, como más tarde, después de la revolución, en toda la renovada vida social y humana que la sucederá.

L U I G I F A B B R I

## DE CARLOS MAURICIO TALLEYRAND A PIO VII

... Es sabido que todos los sacerdotes sólo viven del rédito de la superstición y embrutecimiento de los pueblos, a los cuales las gentes juiciosas e ilustradas miran como bribones que se esfuerzan en perpetuar las tinieblas sobre la tierra, para reinar con más imperio sobre la ignorancia y la simplicidad de los idiotas. He aquí por qué los primeros guías de los catecúmenos no han querido sin duda adoptar en

toda su pureza la moral platónica que se dirigió a levantar el alma e ilustrarla: he aquí por qué le han cargado y obscurecido con amontonamientos ridículos y bárbaros las instituciones judaicas; he ahí por qué la han encarcelado con las trabas de los misterios sagrados, y de una nube de milagros sagrados sacados de la grosería, de la impostura, y con la unión fastidiosa de la superstición...



## Algunas consideraciones sobre el régimen de propiedad despues de la revolución

Nuestros adversarios, defensores y beneficiarios del presente sistema social, suelen decir para justificar el derecho de propiedad privada que la propiedad es condición y garantía de libertad.

Y nosotros estamos de acuerdo con ellos. ¿No decimos continuamente que el que es pobre es esclavo? Pero entonces ¿por qué somos adversarios?

El por qué es claro, y es que en realidad la propiedad que ellos defienden es la propiedad capitalista, es decir la propiedad que permite vivir a costa del trabajo ajeno y que por tanto supone una clase de desheredados, de sin propiedad, obligados a vender el propio trabajo a los propietarios por un precio inferior a su valor.

En efecto hoy en todos los países del mundo la mayor parte de la población debe, para vivir, mendigar el trabajo ante aquellos que monopolizan el suelo y los instrumentos del trabajo, y cuando lo obtiene es compensada con un salario que es siempre inferior al producto y a menudo basta apenas para no morir de hambre. Lo que constituye para los trabajadores una especie de esclavitud, que puede ser más o menos dura, pero significa siempre inferioridad social, penuria material y degradación moral; y en el fondo es la causa primera de todos los males del actual orden social.

Para que todos sean libres, para que cada cual pueda en plena libertad alcanzar el máximo desarrollo moral y material, y disfrutar de todos los beneficios que la naturaleza y el trabajo pueden dar, es preciso que todos sean propietarios, es decir que todos tengan derecho a aquél poco de tierra, de materias primas y de instrumentos de trabajo necesarios para trabajar y producir sin ser explotados y oprimidos. Y como no se puede esperar que la clase propietaria renuncie espontáneamente a los privilegios usurpados, es necesario que los trabajadores la expropien, y que todo se convierta en propiedad de todos.

Esta debería ser la tarea de la próxima revolución, y a eso deben tender nuestros esfuerzos. Pero como la vida social no admite interrupciones, es preciso al mismo tiempo pensar en el modo práctico de utilizar los bienes vueltos comunes, y de asegurar a todos los miembros de la sociedad el disfrute de derechos iguales.

El régimen de la propiedad será pues el problema que se impondrá en el momento mismo en que se proceda a la expropiación.

Naturalmente no se puede pretender ni esperar que de un golpe se pase del sistema actual a otros sistemas perfectos y definitivos. En el acto de la revolución, cuando lo que apremia sobre todo es obrar pronto para satisfacer inmediatamente las necesidades improrrogables, se hará como se pueda, según la voluntad de los interesados y las condiciones de hecho que aquella voluntad determine y limite. Pero importa tener desde el principio una idea de lo que se quiere hacer para orientar las cosas lo más posible hacia aquella meta.

¿Deberá ser individual o colectiva la propiedad? ¿Y la colectividad propietaria de bienes indivisos? ¿Será el grupo local, el grupo funcional, el grupo de

afinidad ideal, el grupo familiar — o comprenderá en conjunto a los miembros de toda una nación y luego de toda la humanidad?

¿Cuáles son las formas que adquirirán la producción y el intercambio? ¿Triunfará el *comunismo* (producción en común y reparto de los productos según el trabajo de cada uno), o el *individualismo* (a cada cual la posesión individual de los medios de producción y el disfrute del producto integral del propio trabajo), u otras formas mixtas que el interés individual y el instinto social, iluminados por la experiencia, podrán sugerir?

Probablemente todos los modos posibles de posesión y de utilización de los medios de producción y todos los modos de reparto de los productos serán experimentados contemporáneamente en las mismas o en diversas localidades, y se entrelazarán y contemporizarán de modo distinto, hasta que la práctica haya enseñado cuál es la forma o cuáles son las formas mejores.

En tanto, como he dicho ya, la necesidad de no interrumpir la producción y la imposibilidad de suspender el consumo de las cosas indispensables harán que a medida que se proceda a la expropiación se tomen los acuerdos necesarios a la continuación de la vida social.

Se hará lo que se pueda, y siempre que se impida la constitución y la consolidación de nuevos privilegios, se tendrá tiempo para buscar los caminos mejores.

\* \*  
\*

Pero ¿cuál es la solución que a mí me parece mejor y a la cual habría que tratar de adherirse?

Yo me llamo comunista porque el comunismo me parece el ideal al cual la humanidad se adherirá a medida que crezca el amor entre los hombres, y la abundancia de la producción los liberte del miedo al hambre y destruya así el obstáculo principal a su fraternización. Pero verdaderamente más que las formas prácticas de organización económica, que deben necesariamente adaptarse a las circunstancias y estarán siempre en continua evolución, lo importante es el espíritu que anima a aquellas organizaciones y el método con el cual se llega a ellas: lo importante, digo, es que sean guiadas por el espíritu de justicia y por el deseo del bienestar de todos, y que se llegue a ellas siempre libre y voluntariamente.

Si realmente hay libertad y espíritu de fraternidad, todas las formas tienden al mismo objetivo de emancipación y de elevación humanas y acabarán por conciliarse y confundirse. Al contrario, si falta la libertad y la voluntad del bien de todos, todas las formas de organización pueden engendrar la injusticia, la explotación y el despotismo.

\* \*  
\*

Echemos una ojeada a los principales sistemas propuestos para resolver la cuestión.

Dos son los sistemas económicos fundamentales que se disputan el campo en las aspiraciones de los anarquistas: el *individualismo* (hablo del individualismo como modo de distribución de la riqueza,

sin embarazarme en abstracciones filosóficas que aquí no interesan) y el comunismo.

El colectivismo, de que ahora se habla poco, es un sistema intermedio que reúne las ventajas y los defectos de los dos sistemas precedentes y tal vez precisamente porque es intermedio tendrá vasta aplicación al menos en el período transitorio entre la vieja y la nueva sociedad; pero yo no hablaré de eso en modo especial porque a él se pueden aplicar todas las objeciones a que se presta el individualismo como aquellas a que se presta el comunismo.

El individualismo completo consistiría en dividir entre todos la tierra y las otras riquezas en partes aproximadamente iguales o equivalentes, de modo que todos los hombres, al comenzar la vida tuviesen medios iguales y cada cual pudiese elevarse hasta donde lo permitan sus facultades y su actividad. Para conservar luego esta igualdad del punto de partida sería preciso abolir la herencia y proceder periódicamente a nuevas divisiones para tener en cuenta la variabilidad del número de la población. Este sistema sería evidentemente antieconómico, es decir no conveniente a la mejor utilización de la riqueza; y si fuese quizás aplicable en pequeñas y primitivas comunidades agrarias, sería ciertamente imposible en una civilización agrario-industrial avanzada, donde una parte considerable de la población no adopta directamente la tierra y los instrumentos para producir bienes materiales, sino trabajo para prestar servicios útiles y necesarios para todos.

Y por otra parte ¿cómo dividir la tierra con justicia al menos relativa, dado que el valor de los diversos desmenuzamientos es tan variado en productividad, salubridad y posición? ¿Y cómo dividir los grandes organismos industriales que para funcionar tienen necesidad de la obra simultánea de un gran número de trabajadores? ¿Y cómo establecer el valor de las cosas y practicar el intercambio sin recaer ai mismo tiempo en los males de la concurrencia y en los del acaparamiento?

Es verdad que el progreso de la química y de la ingeniería tiende a igualar la productividad y salubridad de las diversas tierras; que el desarrollo de los medios de transporte, el automóvil y la aeronáutica acabarán por hacer igualmente ventajosas todas las posiciones; que el motor eléctrico descentra la industria y hace posible el trabajo a máquina a los individuos aislados y a los pequeños grupos; que la ciencia podrá descubrir o fabricar en cada territorio las materias primas necesarias para el trabajo. Y entonces, cuando estos y otros progresos se hayan realizado, la facilidad y la abundancia de la producción quitarán a la cuestión económica la importancia preponderante que tiene hoy, y el acrecentado sentimiento de fraternidad hará inútiles y repugnantes los cálculos menudos sobre lo que corresponde a uno o al otro: entonces el comunismo sustituirá automáticamente, casi inadvertidamente al individualismo para la mayor ventaja, la mayor satisfacción y la mayor libertad efectiva de todos los individuos.

Pero estas son cosas que ocurrirán en un porvenir más o menos lejano; y aquí se trata en cambio del hoy y del próximo mañana. Y hoy una organización social basada en la propiedad individual de los medios de producción, manteniendo y creando antagonismos y rivalidades entre los productores y los consumidores, sería amenazada siempre por el posible advenimiento de una autoridad, de un gobierno que restablecería los privilegios abatidos. De cualquier modo no podría subsistir siquiera provisoria-

mente si no fuese atemperada e integrada por toda especie de asociaciones y de cooperaciones voluntarias.

El dilema ante el cual se encontrará la revolución queda siempre el mismo: u organizarse voluntariamente en ventaja de todos o ser organizados por la fuerza por un gobierno en beneficio de una clase dominante.

\* \*

\*

Hablemos ahora del comunismo.

El comunismo aparece teóricamente como el sistema ideal que sustituiría en las relaciones humanas la lucha por la solidaridad, que utilizaría del mejor modo posible las energías naturales y el trabajo humano y haría de la humanidad una gran familia de hermanos dispuestos a ayudarse y amarse.

Pero ¿es practicable eso en las actuales condiciones morales y materiales de la humanidad? ¿y en qué límites?

El comunismo universal, es decir una comunidad sola entre todos los seres humanos, es una aspiración, un faro ideal hacia el cual es preciso tender, pero ciertamente no podría ser ahora una forma concreta de organización económica. Esto, se entiende, para los tiempos nuestros y probablemente por algún tiempo después de nosotros: en el porvenir más lejano pensarán los hombres futuros.

Por ahora no se puede pensar más que en la comunidad múltiple entre poblaciones vecinas y afines, que tendrán luego entre ellas relaciones de género diverso, comunistas y comerciales; y también en estos límites se impone siempre el problema de un posible antagonismo entre comunismo y libertad. Pues, salvo que se niegue el sentimiento que, secundado por la acción económica, impulsa a los hombres hacia la fraternidad y la solidaridad consciente y querida que nos inducirá a propiciar y practicar lo más posible el comunismo, creo que, como el individualismo completo sería antieconómico e imposible, así sería por ahora imposible y antilibertario el comunismo completo, especialmente si se extiende a un vasto territorio.

Para organizar en gran escala una sociedad comunista sería preciso transformar radicalmente toda la vida económica: modos de producción, de intercambio y de consumo; y esto no se podría hacer más que gradualmente, a medida que las circunstancias objetivas le permitan y la masa comprenda sus ventajas y sepa proveer por sí misma. Si en cambio se quisiera, y se pudiera, hacerlo de un golpe por la voluntad y la prepotencia de un partido, las masas, habituadas a obedecer y a servir, aceptarían el nuevo modo de vida como una nueva ley impuesta por un nuevo gobierno, y esperarían que un poder supremo impusiese a cada uno el modo de producir y les midiese el consumo. Y el nuevo poder, no sabiendo y no pudiendo satisfacer las necesidades y deseos inmensamente variados y a menudo contradictorios, y no queriendo declararse inútil dejando a los interesados la libertad de obrar como quieren y pueden, reconstituiría un Estado, fundado como todos los Estados en la fuerza militar y policial, el cual, si lograba persistir, no haría más que sustituir los amos viejos por amos nuevos y más fanáticos. Con el pretexto, e incluso con la honesta y sincera intención de regenerar el mundo con un nuevo evangelio, se querría imponer a todos una regla única, se suprimiría toda libertad, se haría imposible toda libre iniciativa; y como consecuencia se tendría el desaliento y la parálisis de la produc-

# LA RUSIA DE LOS "SOVIETS"

## *Consideraciones sobre un fragmento de historia revolucionaria de nuestros días*

Los doce años de existencia de la república rusa de los soviets dan bastante motivo a los socialistas de todas las tendencias y países para serias consideraciones; pues la revolución en el viejo imperio de los zares no fué sólo un asunto ruso, sino un acontecimiento mundial que ejerció una influencia innegable en toda la vida social y espiritual y que todavía influencia fuertemente a millares de trabajadores en todas partes. Ante todo es innegable que la revolución rusa ha sido la llamada que anunció al mundo hundido en sangre y cieno el fin de una matanza popular de cuatro años y abrió nuevas perspectivas para el futuro.

No hay que confundir la revolución rusa con el régimen de los bolchevistas. El bolchevismo como idea se ha abierto hace mucho su propia tumba, renegando y trastrocando todos los principios que pretendía representar un tiempo, en el curso de los últimos doce años, de manera que hoy no simboliza más que la dominación de un partido que trabaja con los mismos medios que cualquier otro partido de gobierno y es guiado por la misma razón de Estado y de partido.

El bolchevismo no encarna ya la actitud espiritual de una determinada tendencia en el socialismo, sino sólo la dominación de unac amarilla que se ha apropiado en nombre de una clase, a quien ha traicionado del modo más vergonzoso, el poder dictatorial. Un "gobierno proletario" que no vaciló en entrar

en relación secreta con las tropas de defensa del monarquismo alemán, que entregó al ejército alemán granadas y le permitió instalar en territorio ruso fábricas de gases venenosos, ha perdido todo derecho a hablar en nombre de los trabajadores y del socialismo, pues se ha hecho autor de la más terrible traición que se haya cometido jamás en la historia del movimiento revolucionario. El famoso asunto Azeff es sólo un juego de niños en comparación con ese parto de un infernal maquiavelismo.

Pero las conquistas de la revolución que se hacen sentir en una nueva conformación espiritual del pueblo, sobrevivirán al bolchevismo, pues arraigan en el pueblo mismo y no en las estrechas fronteras de un partido.

No pertenecemos a aquellos que hacen a los bolchevistas responsables de todo lo que se ha producido en Rusia después de la caída del zarismo. Nadie podía, nadie tenía derecho a esperar que se transformara a Rusia en un abrir y cerrar de ojos en un paraíso socialista. Un país que estaba recargado con la espantosa herencia de una guerra terrible y con todas sus consecuencias y que además llevaba sobre los hombros la herencia de un maldito despotismo, que pesó durante siglos como una montaña alpina sobre sus habitantes, tal país no podía adquirir otro aspecto en algunos meses. Hay cosas ante las que nada puede el entusiasmo más grande y más hondamente sentido y que sólo lenta y paulatinamen-

ción, el comercio clandestino o fraudulento, la prepotencia y la corrupción de la burocracia, la miseria general y en fin el retorno más o menos completo a aquellas condiciones de opresión y de explotación que la revolución quería abolir.

La experiencia rusa no debe haber pasado en vano.

\* \*  
\*

En conclusión, me parece que ningún sistema puede ser vital y libertar realmente a la humanidad de la atávica servidumbre, si no es el fruto de una libre evolución.

Las sociedades humanas, si deben ser convivencias de hombres libres que cooperan al mayor bien de todos, y no ya conventos o despotismos mantenidos por la superstición religiosa o por la fuerza brutal, no pueden ser la creación artificial de un hombre o de una secta. Deben ser el resultado de las necesidades y de las voluntades, concurrentes o en contraste, de todos sus miembros que, probando y volviendo a probar, hallan las instituciones que en un dado momento son las mejores posibles, y las desarrollan y cambian a medida que cambian las circunstancias y las voluntades.

Se puede por tanto preferir el comunismo, o el individualismo, o el colectivismo, o cualquier otro sis-

tema imaginable, y trabajar con la propaganda y con el ejemplo por el triunfo de las propias aspiraciones; pero es preciso guardarse bien, bajo pena de un desastre seguro, de pretender que el propio sistema sea el sistema único e infalible, bueno para todos los hombres, en todos los lugares y en todos los tiempos, y que se deba hacerlo triunfar de otro modo que con la persuasión que viene de la evidencia de los hechos.

Lo importante, lo indispensable, el punto del cual hay que partir consiste en asegurar a todos los medios para ser libres.

Abatido, o vuelto impotente de algún modo el gobierno que está ahí para la defensa de los propietarios, corresponderá al pueblo entero, y más especialmente a aquellos de entre el pueblo que tienen espíritu de iniciativa y capacidad de organización, el proveer a la satisfacción de las necesidades inmediatas y preparar el porvenir, destruyendo los privilegios y las instituciones nocivas y haciendo en tanto funcionar en beneficio de todas aquellas instituciones útiles que hoy sirven exclusiva o principalmente para beneficio de las clases dominantes.

A los anarquistas compete la misión especial de ser custodios alertas de la libertad contra los aspirantes al poder y contra la posible tiranía de las mayorías.

te se dejan llevar por otros derroteros. Frente a tales factores nadie podría hacer milagros, porque en ese caso las circunstancias serían más fuertes que los hombres y estos tendrían que ser capacitados antes para superar las condiciones reales.

Tampoco el hecho que los bolchevistas hayan cometido errores en sus ensayos prácticos puede serles echado en cara y eso era natural e ineludible dado el estado de cosas. En última instancia todo progreso hay que comprarlo a través de amargas experiencias, ya que el hombre no es omnisciente y cada uno de sus actos lleva el sello de su propia imperfección.

Pero hay faltas que no están cimentadas en el ambiente, sino que surgen de una conformación espiritual particular y sólo tienen sus raíces en la llamada razón de partido. Y de esas acciones es responsable el bolchevismo ante la historia, ante la clase obrera y ante el socialismo del mundo entero. Según nuestra manera de ver hay principalmente tres fenómenos cimentados en la verdadera esencia del bolchevismo: 1.º su hostilidad a la libertad; 2.º su manera de tratar el problema de la tierra; 3.º su efecto sobre el movimiento socialista en general.

La *hostilidad hacia la libertad* del bolchevismo se funda en la actitud puramente marxista de sus sostenes intelectuales, más intensificada todavía gracias a Lenin. Al recibir el aparato estatal entero del pasado con sus retoños, creyó poder hacer funcionar la máquina a su capricho. Pero la máquina era más fuerte. No sólo llevó entre sus rodajes al pueblo, sino también a sus gobernantes y sofocó así el espíritu de la revolución, que encuentra su expresión más excelente en la actuación creadora del pueblo. El bolchevismo vió siempre a los trabajadores como clase y les imaginó una psiquis colectiva que reacciona obediente a cada decreto de arriba. Al ignorar todo sentimiento de responsabilidad personal, todo instinto de independencia y de iniciativa, ignoraba una de las más grandes leyes de la historia, el anhelo de los hombres hacia un estado de libertad y de justicia social, sin lo cual la vida pierde todo valor. Como los grandes estrategas del militarismo, así vieron Lenin y sus partidarios en la vida sólo una serie de movimientos colectivos, sin atribuir el menor valor a las múltiples manifestaciones de las aspiraciones y necesidades personales. Contra ese espíritu tiene que estrellarse al fin todo militarismo y todo sistema autoritario, pues no se puede tratar a los hombres siempre y para todos los tiempos como muertas figurillas de ajedrez.

La palabra alada de Lenin, que estimaba la libertad como un "prejuicio burgués", no sólo muestra un desconocimiento completo de todos los movimientos revolucionarios del pasado, muestra también que todo socialismo que no se siente ligado del modo más íntimo con el principio de la libertad, tiene que conducir al peor de los despotismos.

La historia de doce años del régimen del partido bolchevista en Rusia ha confirmado esta verdad en todos sus puntos.

El segundo golpe mortal que infirió el bolchevismo al socialismo fueron sus intentos prácticos para solucionar el problema agrario. En un país donde el número de los obreros industriales sólo alcanza a muy pocos millones, donde la joven burguesía todavía ha conquistado relativamente poco poder y donde la gran mayoría del pueblo se compone de campesinos, ligados a la aldea, el problema agrario debía jugar necesariamente el mayor papel, pues su solución era de importancia decisiva para la reali-

zación del socialismo. Todas las posibilidades de futuro para la realización del socialismo dependían de esa solución.

En Rusia existían aun grandes supervivencias de los viejos mercados cooperativos, difundidos antes por toda Europa. Los largos siglos de economía agraria comunista, cuyas influencias espirituales en Rusia no habían desaparecido todavía tan completamente como en la Europa occidental y central, hicieron al campesino ruso mucho más accesible para la propiedad colectiva de la tierra que a ningún otro. Justamente por ese motivo atribuían todas las anteriores tendencias socialistas tan grande importancia a ese fenómeno.

Pero los bolchevistas repartieron la tierra de los terratenientes, cuando no la transformaron en propiedad del Estado, en pequeñas parcelas a la población rural y repitieron una vez más el experimento de la Convención francesa, con lo cual se puso el cimiento para el desarrollo de aquella clase campesina contrarrevolucionaria, que hasta hoy ha permanecido uno de los baluartes más fuertes contra el socialismo en Francia.

Pero los jacobinos no eran socialistas: sus imitadores bolchevistas en cambio se consideraron como la crema del movimiento socialista y no se cansan de calificar de contrarrevolucionario a todo el que se atreva a dudar de su socialismo.

Cuando los bolchevistas hicieron el comienzo de su raro experimento "socialista", sus cabezas fuertes presintieron bien las consecuencias ineludibles. Por esa razón trataron de consolidar los campesinos por medio de prescripciones legales, señalando a cada campesino tanta tierra como podía cultivar con su familia. Se le prohibía enajenar la tierra o arrendarla; tampoco podía tener asalariados. Pero eso se modificó muy pronto. Las prescripciones legales fueron retiradas rápidamente, de modo que hoy el campesino puede vender o arrendar su tierra. Además nadie le impide el hacer trabajar la tierra mediante jornaleros. La consecuencia de ese maravilloso sistema fué la funesta difusión del especulativismo en la aldea rusa, que recoge cada vez más trozos de tierra en sus manos y oprime hoy completamente bajo su yugo al campesino más pobre.

Con eso se señaló el camino de toda la evolución ulterior de Rusia, y eso del mismo modo que la distribución en parcelas de los bienes feudales en tiempo de la revolución francesa señaló de antemano el camino de todo el desarrollo ulterior de Francia. Stalin y sus partidarios lo saben muy bien, y justamente por ese motivo tratan de amordazar en las propias filas con todos los medios la voz de la oposición. Así evoluciona Rusia cada vez más hacia la categoría de un Estado agrario capitalista. El experimento de la dictadura bolchevista dió, es verdad, a una pequeña minoría la posibilidad de formar en sus manos el poder del Estado, pero ha fracasado completamente en todos los ensayos prácticos en cuanto al socialismo se refiere.

El mismo fracaso tiene que señalar el bolchevismo en sus esfuerzos para influenciar el movimiento socialista de otros países en su sentido. Ningún otro partido encontró jamás en ese concepto condiciones tan extraordinariamente favorables. El entusiasmo general del proletariado internacional en favor de la república de los soviets era al principio unánime. Los trabajadores, privados de toda esperanza por la larga duración de la guerra, saludaron la revolución rusa como su redención. A eso se añadió que el partido bolchevista tuvo la posibilidad de socio-

rrer a sus partidarios en los más diversos países del modo más abundante con medios financieros y otros y ha hecho el uso más amplio de esa posibilidad. Y sin embargo todo hombre sincero tiene que constatar hoy que el bolchevismo ha fracasado por completo en este terreno. Más todavía, ha introducido por sus métodos y especialmente por las deficiencias en cuanto a principios éticos se refiere, una cuña terrible en el movimiento obrero y ha aplastado y quebrantado sus fuerzas por la ciega odiosidad y las continuas escisiones.

Las causas de ese fracaso general no son accidentales, están más bien en la naturaleza del bolchevismo ruso y en sus métodos. El bolchevismo fracasó en los famosos 21 puntos de Lenin, por causa de aquel supercentralismo mecánico que creía poder someter a Moscú el movimiento obrero de todo el mundo mediante una forma determinada de organización.

Se creía con toda seriedad haber encontrado en aquel centralismo llevado al extremo un medio para poder impedir toda escisión interna gracias a una disciplina férrea y feroz e influenciar con ese ejemplo a los obreros de las otras tendencias.

¿Y el resultado? El bolchevismo no sólo no está en situación de establecer el famoso "frente único proletario", no fué siquiera capaz de impedir en el propio partido las disidencias cada día más grandes, que hoy se manifiestan en Rusia y en todos los países. En la historia de los partidos políticos el partido comunista forma un capítulo especial. Jamás ha ocurrido antes que un partido tan reciente se haya escindido tan a menudo en los pocos años de

su existencia como el partido comunista no obstante o más bien a causa de su supercentralismo espiritual. En Alemania hay actualmente por lo menos una docena de fracciones comunistas diversas o de formaciones que han surgido del viejo partido. En realidad no existe hoy ningún país que no tenga varios partidos comunistas combatiéndose con la más grande odiosidad unos a otros.

Hasta en la misma Rusia, donde el partido oficial puede monopolizar completamente todos los recursos de propaganda del movimiento, ha sido imposible reducir a silencio a la oposición. Al contrario, la oposición se ha vuelto poderosa y el gobierno se ve forzado a emprender una lucha decisiva contra ella, lucha cuyo alcance no puede medirse todavía.

El centralismo no significa unificación de las fuerzas, sino su paralización, especialmente cuando se expresa de un modo tan despótico y mecánico como en Moscú.

La naturaleza del hombre se subleva a la larga contra semejante mecanización de un movimiento, que sofoca todo espíritu viviente y conduce a un desierto reino de Dalai-lama que reduce al hombre a la categoría de inanimado autómatas, obediente a cada presión superior. Esta es otra gran lección de los últimos diez años cuya memoria no será nunca bastante avivada.

Por eso es tanto más grande la necesidad de mantener puro de las manchas del principio del poder y de la tutela espiritual el pensamiento de la revolución social, a fin de que un día pueda desarrollarse incluso en Rusia en su grandeza vencedora para conducirnos a un futuro mejor.

R U D O L F R O C K E R



**LUIS FABBRI**

# “El Tratado de Letran”

**EL CONCORDATO PAPAL-FACISTA CONTRA LA LIBERTAD**

64 PAGINAS EN 80,

PRECIO **0.20 Cts.**

El examen más sereno y detallado de los peligros que entraña para el progreso humano, individual y social, el acuerdo papal-fascista

**EDITORIAL “LA PROTESTA”**



**Buenos Aires**

# Libros y folletos publicados por la Editorial LA PROTESTA

## MAX NETTLAU.—

"Miguel Bakunin, la Internacional y la Alianza en España" 1886-1873)	\$ 0.50
Edición especial, papel pluma .....	" 1.—
Encuadernado en tela .....	" 2.50
"Errico Malatesta". — La vida de un anarquista. Traducción de Diego Abad de Santillán .....	" 1.20
Edición especial, papel pluma .....	" 2.—
Encuadernado en tela .....	" 3.50
"Fernand Pelloutier y el sindicalismo"	" 0.15

## RUDOLF ROCKER.—

"Johann Most, la vida de un rebelde". Prólogo de A. Berkman. Dos tomos. Precio de cada tomo .....	" 1.50
"La maldición del practicismo" .....	" 0.10

## RUDENKO.—

"En Ucrania. — La sublevación popular y anarquista". — Trad. del ruso por J. Company .....	" 0.15
--	--------

## JAMES GUILLAUME.—

"Miguel Bakunin" (Noticia biográfica) .....	" 0.20
---	--------

## MIGUEL BAKUNIN.—

### (Obras Completas)

I "La Revolución Social en Francia". — Tomo primero. Prólogo de Max Nettlau. Traducción de D. Abad de Santillán .....	" 1.50
II "La Revolución Social en Francia". — Tomo segundo. Prólogo de Max Nettlau .....	" 1.50
III "Consideraciones filosóficas". — Prólogo de Max Nettlau .....	" 1.50
IV "Dios y el Estado". — Prólogo de Max Nettlau .....	" 1.50
Los mismos, encuad. en tela ..	" 3.50

## ERRICO MALATESTA.—

"Anarquía" .....	" 0.20
"En el Café". — Traducción de D. A. de Santillán. Prólogo de L. Fabbri .	" 0.30
"En Tiempo de Elecciones" .....	" 0.10

## PEDRO KROPOTKIN.—

"Palabras de un Rebelde" .....	" 1.—
"Conferencias. I) El Estado, su rol histórico. — El Estado Moderno" .	" 0.50
Encuadernado en tela .....	" 1.50
"A los jóvenes" .....	" 0.10

## LUIS FABBRI.—

"Cartas a una mujer sobre la anarquía" .....	" 0.50
Encuad. en tela .....	" 1.50

## EDUARDO MILANO.—

"Primer paso hacia la anarquía", 96 páginas .....	" 0.20
---	--------

"Influencias burguesas sobre el anarquismo" .....

C. LOMBROSO y R. MELLA.— " 0.20

"Los anarquistas" (Estudio y réplica) ..

NIDO, RÖCKER y NEMO.— " 1.—

"Nacionalismo y anarquismo" .....

" 0.20

SEBASTIAN FAURE.—

"Mi Comunismo" (La felicidad uni-

versal) .....

" 2.—

Encuadernado en tela .....

" 3.50

"Temas Subversivos" .....

" 1.50

También se vende en folletos, a 10 centavos cada uno, con los siguientes títulos:

La falsa redención. — La dictadura de la burguesía. — La patria de los ricos. — La podredumbre parlamentaria. — La moral oficial y... la otra. — La mujer. — El niño. — Las familias numerosas. — Los oficios odiosos. — Las fuerzas de la revolución. — La conmoción revolucionaria. — La verdadera redención.

## J. DEJACQUE.—

"El Humanisferio". — Prólogo de Max Nettlau y Eliseo Reclus .....

" 0.50

## WILLIAM MORRIS.—

"Noticias de ninguna parte" .....

" 1.—

## NICOLAI GOGOL.—

"Almas Muertas" (2 tomos) .....

\$ 2.—

## ELISEO RECLUS.—

"A mi hermano el campesino" .....

" 0.10

"La anarquía y la iglesia .....

" 0.10

## JUAN CRUSAO.—

"Carta Gaucha". 7.<sup>a</sup> edición .....

" 0.10

## D. A. DE SANTILLAN.—

"La jornada de seis horas". — Sobre el desenvolvimiento técnico y su influencia en el mercado del trabajo .

" 0.10

## AGUSTIN SOUCHY.—

"La Ucrania revolucionaria". (Resultado de un viaje de estudio desde el mes de abril a octubre de 1920) ..

" 0.30

## S. RADOWITZKY.—

"La voz de mi conciencia" .....

" 0.10

## VARIOS.—

"Certamen Internacional de LA PROTESTA". — Un volumen en 4.<sup>o</sup>, encuadernado en tela .....

" 2.—

## ANSELMO LORENZO.—

"El derecho a la evolución" .....

" 0.10

## ANA M. MOZZONI.—

"A las hijas del pueblo" .....

" 0.10

## JOHANN MOST.—

"La Peste Religiosa" .....

" 0.10